

preocuparse de su formación política e ideológica, es decir, sin hacer vida política, y teniendo como único objetivo o, al menos el fundamental, la lucha por la vida, llegan a degenerarse y a transformarse poco menos que en bestias en cuanto a los instintos» (p. 333).

En resolución, estamos ante una gran obra que recoge puntualmente y con precisión los nombres, perfiles, contextos y avatares de unos hombres (y algunas mujeres) azotados por un destino trágico y que llegaron a constituir, como recordaba hace tiempo Paul Preston (prólogo a Francisco Moreno, *La resistencia armada contra Franco*, Barcelona, Crítica, 2001), «una constante molestia para el régimen franquista». Pero que tampoco fueron nunca «una amenaza para la dictadura». En realidad, siempre según Preston, porque la guerrilla, también en Asturias, fue mayormente «la única respuesta posible a la represión franquista», más que una opción estratégica y militar viable después de la derrota de abril de 1939. Por eso, «a largo plazo, la guerrilla estaba condenada al fracaso». De ahí su tragedia y su ocaso. De ahí también lo fascinante de su penosa historia.

Enrique Moradiellos

JOAN M. THOMÀS

La batalla del wolframio. Estados Unidos y España de Pearl Harbor a la Guerra Fría (1941-1947), Madrid: Cátedra, 2010, ISBN: 978-84-376-2659-8

La historiografía de las relaciones bilaterales durante la segunda guerra mundial y la inmediata posguerra ha estado contaminada desde sus orígenes por la fuerte polémica surgida al calor de los acontecimientos en Estados Unidos. Entonces, un sector de la sociedad americana, coincidente a grandes rasgos con aquel que había defendido la causa de los derrotados en la guerra civil española (y criticado la actitud de Washington respecto al conflicto), se opuso airadamente a cualquier signo de acomodamiento entre su país y el régimen franquista. Tres fueron los asuntos que concentraron sus críticas a la política española de los Estados Unidos durante la guerra: la estrategia a seguir respecto a los servicios prestados por el régimen franquista al aparato de guerra alemán, singulari-

zados en las negociaciones para frenar la exportación de wolframio español a la Alemania nazi; la actuación ante la cuestión de los expatriados europeos que buscaron refugio en España tras la ocupación alemana de la Francia de Vichy (asunto especialmente sensible conforme se intuía el Holocausto); y, vinculada a las dos anteriores, el desempeño del historiador Carlton J.H. Hayes como embajador entre mayo de 1942 y enero de 1945. Escritores y protagonistas de la política americana hacia España durante el periodo dieron lugar a un carrusel de publicaciones donde el tono autoexculpatorio y de vendetta personal fue el denominador común (HAYES 1945, 1952; PLENN: 1946; HUGHES: 1947; FEIS: 1948; FOLTZ: 1948; BEAULAC: 1951). El clima de histeria anticomunista en la Norteamérica de comienzos de la Guerra Fría contribuyó a cerrar en falso el debate editorial ante la retirada de la escena de los más críticos con la política de Washington. Por su parte, en España el aparato propagandístico del régimen alumbró varias obras donde se exponía la versión oficial de los hechos en plena campaña por conseguir la aceptación de Washington (AREILZA, 1947; DOUSSINAGUE, 1949).

Los primeros trabajos realizados desde la praxis histórica surgieron en Estados Unidos a rebufo de la publicación de los volúmenes correspondientes de la serie de documentación diplomática Foreign Relations of the United States, editados por la Oficina del Historiador de Departamento de Estado. Las investigaciones pioneras de John Wilson (1969, 1972), Allan Watson (1971), James Cortada (1971, 1973) y el recientemente fallecido Charles Halstead (1974, 1975) añadieron a los materiales proporcionados por el FRUS la escasa documentación diplomática británica disponible en aquel entonces, así como la consulta de algunas colecciones personales, entre las que destacaba la de Carlton Hayes. Estos trabajos centraron su atención en los tres grandes debates señalados anteriormente, si bien rebajaron el tono revanchista que caracterizó las memorias y panfletos de la inmediata posguerra. Los trabajos de Willson y Halstead prestaron especial atención a la actuación de Carlton Hayes y su labor hacia los expatriados europeos, mientras que Wattson y Cortada (este último particu-

larmente amable con la labor de Hayes) pusieron el foco en las negociaciones sobre el wolframio y el suministro de petróleo americano a España. La limitada documentación manejada por todos ellos restó valor a unos trabajos que, sin embargo, fijaron la secuencia cronológica de las relaciones durante el periodo vigente hasta nuestros días.

Desde el retorno de la democracia a España, las relaciones con los Estados Unidos entre 1939 y 1947 solo ha sido objeto de atención colateral de los historiadores del franquismo (VIÑAS: 1981; PRESTON: 1998; MORADIELLOS: 2005), lo que ha contribuido a prolongar más de lo deseable el relato y los temas demarcados por los autores americanos de los sesenta y los setenta. Consciente de ese vacío, Joan María Thomàs, profesor de la Universitat Rovira i Virgili y catedrático de la Real Academia de la Historia, nos ha regalado *Roosevelt y Franco* (EDHASA, 2007) y el aquí reseñado *La batalla del Wolframio*, publicados también en inglés por Palgrave-MacMillan (2008 y 2011). En conjunto, ambos libros suponen una actualización muy necesaria de los distintos trabajos sobre el particular hasta la fecha. Lo que el lector especializado no podrá encontrar en ellos es la, si cabe, más necesaria renovación y ampliación del objeto de estudio, puesto que el autor concentra la atención en los temas tradicionales y aplica el enfoque hegemónico en los estudios sobre el asunto, el de la historia política clásica.

El profesor Thomàs, reconocido especialista en la historia de la Falange y el fascismo en España, no esconde el principal propósito de su obra: desenterrar las claves internacionales que posibilitaron que el franquismo se convirtiese en la «dictadura fascistizada más longeva de la historia europea [...] en buen parte por la actitud estadounidense hacia ella» (p. 318). Resta señalar que tal planteamiento introduce un problema de anacronismo histórico y encorsetamiento metodológico que el autor no logra resolver a lo largo de su trabajo, que no es otro que el de poner el énfasis en el «resultado final» en la alianza bilateral sostenida durante la Guerra Fría, dejando así de lado la complejísima y rápidamente cambiante realidad española, estadounidense, bilateral e internacional en el periodo escrutado.

La Batalla del Wolframio pone el énfasis en el análisis de la política estadounidense hacia la España franquista durante los años en los que se mantuvo la alianza político-militar entre Gran Bretaña, Estados Unidos y la Unión Soviética (1941-1946), con especial atención al periodo comprendido entre los preparativos del desembarco angloamericano en las cercanías de Casablanca (consumado en noviembre de 1942) y la liberación del Pirineo francés por parte aliada (agosto-septiembre de 1944). El libro propone un relato cronológico de unos acontecimientos que el autor enmarca en cinco grandes planos: la estrategia militar aliada en los años centrales de la II Guerra Mundial; las relaciones políticas interaliadas y especialmente angloamericanas; la opinión pública estadounidense hacia el franquismo; la situación interna y acción diplomática del régimen franquista; y las tensiones de corte ideológico, personal e interdepartamental existentes en el seno del ejecutivo norteamericano. El soporte documental más original procede del vaciado de diversos fondos españoles y estadounidenses hasta ahora inexplorados para el particular, entre los que destacan las colecciones documentales custodiadas por la Franklyn D. Roosevelt Library, así como el uso de los fondos archivísticos y la bibliografía españolas. Menos convincente resulta el recurso a los fondos de los Archivos Nacionales de los Estados Unidos en College Park, limitado a una cata superficial de los Central Files del Departamento de Estado, la correspondencia generada por la legación en Madrid y los papeles de la Foreign Economic Administration. El resultado es la excesiva dependencia de la narración respecto a la versión de los acontecimientos esbozada en los volúmenes del FRUS, publicados hace ya varias décadas, mientras se da la espalada al inmenso volumen de información disponible en las colecciones civiles y militares sitas en College Park. Del mismo modo, y teniendo en cuenta la importancia que el propio autor concede a los intereses británicos en su narración, la obra se hubiera beneficiado claramente de la consulta de los Archivos Nacionales en Kew. Las insuficiencias señaladas en el aspecto documental no ocultan el encomiable esfuerzo realizado por el autor en ese sentido, pero sí que limitan seriamente su objetivo no declarado de superar de una

vez por todas los trabajos pioneros de los años setenta, y el de Cortada en particular.

El libro subraya acertadamente que la política americana hacia España durante la segunda guerra mundial estuvo determinada primero «por la voluntad primordial de Estados Unidos de ayudar a Gran Bretaña en su empeño por evitar que Franco entrase en la guerra junto a Eje» (p. 313), y después por los intentos de imponer una política autónoma más exigente respecto al gobierno español, aunque nunca al punto de romper la unidad de acción con sus aliados británicos. El momento de inflexión en ese sentido se habría producido tras la huida de las tropas alemanas del norte de África (mayo de 1943), siendo la «batalla de wolframio» (enero-mayo 1944) el momento cúlpe de tensión bilateral producto de la renovada asertividad americana. La presión de la sociedad civil americana, concretamente de los sectores progresistas antifranquistas, habría jugado un papel igualmente importante para entender el intento de aplicar una política más dura, así como su eventual fracaso. El historiador convertido en embajador Carlton Hayes, por su parte, se habría erigido en el máximo representante de la política de apaciguamiento y defensa de relaciones constructivas con el régimen franquista, anticipando así la política seguida durante la Guerra Fría. En el seno del régimen franquista, y tras la salida del gobierno de Serrano Suñer en 1942, las dos posturas (creciente colaboración y resistencia a ultranza) hacia Estados Unidos habrían sido lideradas respectivamente por el Conde de Jordana (Asuntos Exteriores) y Demetrio Carceller (Industria y Comercio), siendo solo la evolución militar de la guerra la que acabó decantando la balanza en favor de las tesis del primero.

El autor resuelve con solvencia su relato, aunque en ocasiones sus conclusiones resulten reduccionistas. Por ejemplo, Thomàs afirma que el Presidente Roosevelt estuvo detrás de una política de creciente asertividad hacia el régimen franquista que «chocó con las resistencias opuestas por la embajada de Madrid y en concreto por el embajador Carlton J.H. Hayes» (p. 314), obviando que el hecho de que el emisario obrase de tal manera no era sino responsabilidad última del

Presidente americano, quien no debió interpretar negativamente la acción de un representante al que había elegido personalmente y a quien solo aceptó su dimisión en noviembre de 1944. Es deber de los historiadores juzgar los hechos (o su ausencia) antes que las palabras (por ejemplo la antipatía de Roosevelt hacia Franco), pero al igual que hicieron muchos de los críticos de la política exterior de Estados Unidos durante la contienda, Thomàs parece reacio a juzgar por el mismo rasero al presidente Roosevelt y a su embajador en Madrid. Del mismo modo, el autor sobredimensiona el peso de los críticos con Hayes en la opinión pública americana (así como el interés de esta en la «cuestión española» en un momento en el que 16 millones de americanos servían de uniforme), y es que estas voces nunca lograron dejar de ser minoritarias en la escena periodística americana y entre los grupos sociales que conformaban la victoriosa coalición electoral de FDR. Por ejemplo, el autor obvia mencionar que al igual que las páginas de los progresistas *The Nation*, *The New Republic* y *PM* se llenaron de ataques al embajador Hayes en 1943 y 1944, la prensa generalista liberal y conservadora (y qué decir de la católica), no dudó en defender y alabar la labor del enviado personal del presidente a España, con *The New York Times* a la cabeza.

De los tres debates tradicionales que han centrado la atención de los historiadores el que menor atención recibe por parte del autor es el de los expatriados europeos, una pena dada la instrumentalización que de este asunto se ha realizado tradicionalmente desde ambientes franquistas. El tratamiento de Thomàs es superficial y mayormente realizado en base al FRUS y fuentes secundarias, inclusive el trabajo de Emmet Kennedy, recientemente publicado en *Diplomatic History* (2012). En este sentido, habría sido cuanto menos interesante comparar la actitud de Hayes respecto a los expatriados europeos con su comportamiento respecto a la represión llevada a cabo por el régimen franquista en España entre 1942 y 1945, tema que pasa totalmente desapercibido en el libro. Los archivos diplomáticos americanos, especialmente los de consulados e inteligencia civil y militar, están repletos de informes sobre esa re-

presión. ¿Presionó la embajada americana en algún momento para aminorarla conforme la guerra se decantaba del lado aliado? ¿Medió respecto a la situación de individuos concretos? Casi nada sabemos al respecto a día de hoy.

Pero, sin duda, el gran ausente en el libro de Thomàs es la guerra económica americana en España, o más concretamente la ejemplificación de su planteamiento. Ello asombra más si cabe dada la elección del título y el reconocimiento por parte del autor de que la guerra económica fue el principal frente de actuación de las potencias beligerantes en nuestro país durante la segunda guerra mundial. Sin embargo, para el autor solo merece atención en cuanto a su inserción en el plano político-diplomático de las relaciones bilaterales durante el conflicto. La razón no es otra que el enfoque analítico y metodológico empleado. Es una pena, puesto que recientes investigaciones han demostrado como los archivos americanos contienen un enorme volumen de información sobre la economía española de la segunda guerra mundial y el impacto que la guerra tuvo en la conformación y destrucción de las elites empresariales de posguerra en España. Por ejemplo, sabemos que la embajada de los Estados Unidos intervino el comercio cinematográfico para evitar que los alemanes se beneficiasen de él a partir de su dominio del mercado negro de divisas con base en Lisboa y Tánger (LEÓN: 2010). También sabemos que individuos como Alfred W. Barth, el banquero por excelencia en las relaciones económicas bilaterales de posguerra, hizo sus contactos en España como empleado de la USCC, desde la que pilotó el programa de compras preventivas americana en España. Pues bien, el libro de Thomàs nada añade en este frente. Tampoco lo hace en lo relativo a los primeros pasos del programa Safeheaven (la caza de nazis iniciada por los aliados conforme terminaba la guerra), en la que España ocupó un lugar central como han demostrado sucesivas desclasificaciones de documentación de la CIA y algunos trabajos que, tristemente, no han encontrado continuidad hasta la fecha (BYRNES: 2002).

A pesar de las ausencias y limitaciones propias de todo trabajo histórico, La batalla del Wolframio se ha convertido junto a Roosevelt y Franco en

obra de consulta imprescindible para todos aquellos que quieran aproximarse al encaje de la España franquista en la política internacional y la política exterior de Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial y la inmediata posguerra. Corresponderá a nuevos estudios profundizar temática y metodológicamente en ambas cuestiones a fin de cumplimentar y superar el relato actualizado por el profesor Thomàs.

Pablo León

MICHAEL RICHARDS

Historias para después de una guerra. Memoria, política y cambio social en España desde 1936
Barcelona, Pasado y Presente, 2015, 494 pp.

El estudio de la relación entre memoria e historia caracteriza cada vez más a la historiografía occidental centrada sobre siglo XX. Como señaló Tony Judt, la sociedad europea se levanta sobre el recuerdo de la destrucción y las cenizas de la II Guerra Mundial. No han sido pocos los historiadores que, en la esfera internacional, se han ocupado de cuestiones como las políticas de la memoria, el funcionamiento de la memoria colectiva o individual, o la vivencia y recuerdo de experiencias traumáticas en el más violento de los siglos de la historia de la humanidad. En el caso hispano, como en tantas otras ocasiones, la dictadura franquista impidió este proceso; cuando nuestra historiografía pudo mirar al pasado más reciente, se ocupó de diversos aspectos y, cuando lo hizo de la memoria, se centró especialmente en las políticas de la memoria construidas por la dictadura o el Estado democrático, o de las vivencias traumáticas que supuso la brutal violencia franquista sobre los republicanos.

Faltaba una obra que estudiase la memoria en su perspectiva más social, no aquella que irradian los discursos oficiales de los estados, ni tampoco la que atañe solo a las víctimas; una obra que pusiese su acento en las memorias de todo el espectro social que vivió o al que se le hizo recordar la guerra civil; una obra en la que, además, se estudiase la transformación de ese recuerdo de generación en generación, siempre en contacto con la evolución económica, política y social de